

# La larga carretera de arena

PIER PAOLO PASOLINI

INTRODUCCIÓN DE PAOLO MAURI  
TRADUCCIÓN DE DAVID PARADELA LÓPEZ



[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

## La frontera, junio

Cae el sol sobre Francia e Italia. Un montón de rocas y macollas, único: un montón de tierra, con picos, ensenadas, encrespaduras. Al fondo, se encuentra la villa de Coty, una pequeña villa amarilla rodeada por un denso jardín. Un vapor rosado, que humea formando columnas en lo alto, funde aún más este bloque de costa.

Sediento de noticias, me angustio ante la idea de plasmar esta visión tan pura de un modo definido, claro, inteligible. Por suerte para mí, en el edificio de la aduana, encastrado en semicírculo en la roca, todo se torna fácil. El mérito es de un subteniente de policía, natural de Módena, y de su cabo, de Parma. El subteniente ronda la cuarentena y ya tiene entradas en el pelo: un hombre cuya humildad ante las cosas del mundo al que él sirve se ha trocado en una gran serenidad de entendimiento, casi en dulzura. Con la ligereza de un anfitrión atento y algo amargado — aunque divertido por la sencillez de una vida que a mí se me antoja nueva e inaccesible—, me «hace ver». Se dirige hacia la parte trasera del edificio de la aduana y desciende por una escalera interminable; llega a una terraza suspendida en el vacío, sobre el mar gris; se sienta entre los arbustos y las flores, y se asoma a la playa pedregosa. Se alza allí una poderosa columnata digna de Semíramis: la estructura modernista de un gran hotel nunca terminado (por culpa de las sucesivas guerras) y una mísera capillita de piedra:

detrás de esta, dos pequeñas construcciones destinadas a los guardias: y, ahí mismo, la desembocadura de un torrente completamente seco.

Es el río San Luigi: por en medio de los pedruscos grises de este río discurre la frontera. Justo en la desembocadura se halla un puente, y, en mitad de este, una especie de murete de cemento, perpendicular con respecto al mar: es un murete cóncavo, relleno de tierra, del que sobresale una hilera de geranios rojos. A la derecha, en lo alto, la villa de Vóronov; frente a la montaña, el paso de la Muerte, el salto de la Muerte; a la izquierda, sobre el mar, la primera bañista, una joven holandesa, bella como un pequeño ciprés.

San Remo, junio

Entro en el casino. Entro como Charlot, tratando de pasar desapercibido bajo la monumental mirada de los vigilantes.

Con el corazón al galope, meto las narices en esos salones legendarios. Mi amigo tiene las dos fichas que por derecho me corresponden, y, acto seguido, me hago con la tarjeta «personal e intransferible» que me identifica como cliente del casino. Por tanto, *debo* jugar. Muy bien. Mi amigo se sienta tranquilamente en la primera mesa, entre un señor calvo y sufrido y varias alemanas con vestidos de topos negros: me pregunta a qué números quiero apostar: yo, en pie detrás de él, no lo dudo ni un momento: el 17 y el 31, los dos números que me traen mal fario. En efecto, basta un instante: pierdo. Hecho esto, huyo. Soy el típico que se suicida por pérdidas de juego: prefiero cortar el problema de raíz. Paseo por los salones.

Dos filas de mesas de ruleta, rodeadas por personas en silencio: dos augures hacen girar la ruleta y recolectan las fichas del tapete verde. Son como los socorristas y los pescadores: gentes del lugar que, por lo común, convierten su humildad en una especie de leyenda vanidosa. Se nota que piensan en sanremés, al tiempo que en francés anuncian, con anónima crueldad, las distintas fases del juego: algo así debían de ser los guardias de los campos de concentración, cuando entre ellos —carceleros por encargo— y las

víctimas se establecía una especie de amor. Las víctimas, por su parte, tienen en general unos ojos vivísimos: entre desesperados y avergonzados. Casi todos me parecen jugadores de poca monta, un poco como los que pueden verse en las carreras de caballos. Son los que se conocen como «floreros», los que florean el tapete con fichas de doscientas liras, ya que estamos en «temporada muerta». Más clase tienen los que, callados e impasibles como cadáveres, juegan al bacará. Detrás de un señor canoso y elegante que de vez en cuando se gira hacia mí —probablemente para ver si soy un cenizo o un portador de fortuna—, veo a una señora, bella como Lana Turner: su principal ocupación, más importante aún que el juego, consiste en mantenerse impasible como un muerto: como mujer que es, lo hace mejor que los hombres que la rodean, algo toscos, ligados a sus profesiones: el industrial milanés, joven, con bigote; el comerciante lugareño; el piamontés delgado, acostumbrado a tratar con empleados, secretarías, etcétera, etcétera. Ella, como mujer, es mundana, sí, pero menos necesitada socialmente, y es capaz de adoptar un auténtico aire de leyenda. Las únicas expresiones que se permite son la de una leve jaqueca y la del sueño.

Ya más familiarizado con ese ambiente, en el que me siento como un gusano privado tanto de peculio como de audacia, miro a mi alrededor. Como todos los traumas, el de estar aquí va transformándose poco a poco en una especie de felicidad. Si de verdad fuera Charlot, jugaría, ganaría

millones y quizá después me iría con aquella muchachita que está jugando allí, en una de las mesitas que hay al fondo del segundo salón. Es pálida, delgaducha. Me acerco. Sin embargo, mientras camino por el legendario pasillo que se abre entre las mesas, ella se levanta. A su lado hay una señora mayor con las piernas cortas. Departen acaloradamente entre ellas, caminando hacia mí. Una discusión exaltada. Se dirigen a la salida. Cuando paso por su lado, veo que la joven ya no es tan joven, a pesar de su delgadez: tiene esos ojos entre desesperados y avergonzados de los «floreros». Su anciana amiga es extranjera: alemana, acaso de Baviera.